

GENOCIDIO

ADOLFO OROZCO
General de División (R)

Ni los mismos expertos son capaces aun de explicar con exactitud la falta de bondad en el ser humano, o lo que es lo mismo, la presencia en todos los individuos de nuestra especie, sin excepción, de la **MALDAD**.

Desgraciadamente, existe una amplísima lista de modos en los que la maldad se manifiesta. En algún sitio he leído que hasta veintidós. La lista empezaría por los más leves, como puede ser un simple impulso de autodefensa, pasando por la venganza, la conspiración, la tortura, etc., hasta llegar a las más graves y extremas muestras de destructividad humana como pueden ser el asesinato en masa o el **genocidio**.

El mal ha sido siempre objeto de estudio por los científicos y puede intentar explicarse desde distintas perspectivas, especialmente desde la psicopatología o desde la neurología no teniendo hasta el momento una explicación definitiva y concluyente.

No siendo experto en ninguno de los dos campos, evitaré caminar sobre estas arenas movedizas que, como queda dicho, es terreno de estudio para psiquiatras, psicólogos y neurólogos. Estas investigaciones se han centrado siempre en descubrir si en realidad existe un denominador común que dé explicación a este malévolo modo de comportamiento humano.

Algunos estudios científicos en el campo de la psicología parecen haber identificado este origen común de la maldad humana, al que han bautizado como «factor D» o «factor oculto de la personalidad». El factor viene conformado por los nueve rasgos más oscuros que anidan en el ser humano y que van desde el egoísmo hasta el sadismo, incluyendo el narcisismo y la falta de ética y moral entre otras.

Pero estos estudios no entran sin embargo en las posibles razones neurológicas que puedan explicar estos comportamientos.

En este otro campo, el investigador alemán Gerhard Roth asegura haber localizado el punto exacto en el cerebro en el que nace el mal, esto es, existe relación entre la conducta maligna y algunas constantes fisiológicas que se producen en el lóbulo central del cerebro.

Este último dato, me ha hecho recordar de nuevo a aquellos viejos profesores de la Escuela de Estado Mayor y reconocerles su magnífica preparación en aquellos tiempos en que no existían los medios tecnológicos actuales para el estudio y la investigación, tan necesarios en la función docente. Recuerdo que en aquel lejano año de 1989, siendo alumno del primer curso de Estado Mayor, en la primera clase de geoestrategia, el profesor trataba de crear los cimientos para la comprensión de la asignatura que era nueva para todos nosotros, ya antiguos pero jóvenes capitanes.

Aquel profesor era uno de los pocos oficiales de las Armas que he conocido en mi vida que unía a su currículo la licenciatura en Medicina.

Aquella primera lección versaba sobre la necesidad de la existencia de los Ejércitos basada en una irrefutable realidad: la maldad es inherente al ser humano.

Dados sus conocimientos médicos, nos explicó que los impulsos malignos de la personalidad del hombre se concentraban en un área muy específica del cerebro a la que había bautizado como «la almendrita de la mala leche».

El lector me perdonará por lo mal sonante de la frase, pero a mí no se me ha olvidado por lo descriptiva que es y porque coincide con los hallazgos científicos demostrados empíricamente algunos años después.

El corolario, un poco irónico, de aquella clase fue: «a menos que los neurocirujanos puedan extirpar en el futuro esta almendrita del cerebro, tendremos siempre la posibilidad de que nazca algún genocida».



Entrada principal al campo de exterminio Auschwitz II (Birkenau)

El genocidio no es nuevo, lo que es relativamente moderno es el término que se acuñó después de la II Guerra Mundial. La historia está plagada de casos de genocidio en los que se trata de destruir total o parcialmente a un grupo nacional, racial, étnico o religioso.

Desgraciadamente son muchos los ejemplos. Animo al lector a consultar la larga lista de genocidios habidos en los últimos veinte siglos y se sorprenderá porque las cifras son espeluznantes. Desde la destrucción de Cartago a las

invasiones mongolas; desde las limpiezas étnicas en el continente africano (Etiopía, Congo, Sudán) pasando por Armenia hasta el holocausto. Millones de seres humanos han perdido la vida por este delito.

Lo realmente chocante es que detrás de cada uno de estos infaustos delitos de lesa humanidad siempre hay un nombre propio. Creíamos que Hitler sería el último de la lista pero la segunda mitad del siglo pasado aún nos deparaba algunas sorpresas.

Cómo olvidarse del genocidio ruandés con la limpieza étnica de los tutsis por parte de los hutus y cuyo número de víctimas se estima alrededor del millón de muertos. Pero los Grandes Lagos africanos, así como el caso de Darfur en Sudán, se percibieron como muy lejanos de nuestra zona de confort y ya casi nadie los recuerda.

Todavía había de golpear esta lacra el territorio europeo durante el conflicto de la antigua Yugoslavia que muchos vivimos en directo. En el genocidio de Srebrenica murieron asesinados ocho mil bosnios musulmanes a manos de los serbobosnios. Una de las páginas más oscuras de la existencia de las Naciones Unidas dado que la zona había sido declarada como segura y estaba bajo la protección de un Batallón holandés de cascos azules. El próximo año se cumplirán solo treinta años, pero ya ha caído en el olvido.

Y terminó el siglo de las dos guerras mundiales y muchos creyeron que las lecciones aprendidas eran tan duras y severas que sería casi imposible volver a vivir semejantes escenas de crueldad. Sin embargo Ucrania y Palestina nos han devuelto a la cruda realidad.

Sudáfrica inició el pasado 29 de diciembre un proceso contra Israel por violación en la franja de Gaza de la Convención de 1948 contra el genocidio.

Aunque las Naciones Unidas hayan concluido en un reciente informe que si bien en Ucrania no



Más de 6500 lápidas conforman el Monumento del Genocidio de Srebrenica (memorial y cementerio)

existen evidencias reales de que se esté produciendo un genocidio, no es menos cierto que se están produciendo crímenes contra la humanidad, violaciones, torturas y deportaciones masivas de población que tienen todo el potencial para convertirse en un genocidio.

La lista de genocidas que terminaba en Hitler ya tiene algunos otros nombres detrás como Jean Kambanda, Jean Paul Akayesu, Théoneste Bagosora, Aloys Ntabakuze, Ratko Mladić, Slobodan Milošević, Radovan Karadžić.

En resumen, la lista de malvados seguirá engrosándose y también la de las víctimas que desgraciadamente es inmensamente mayor.

Mientras la ciencia no descubra un antídoto que anule las funciones de la susodicha almendrita, la única solución contra los malos seguirá siendo la de las películas del oeste, en las que el *sheriff* acaba con el bandido abatido por tierra o entre rejas.

Creo en el *sheriff* que juega el papel del bueno. La maldad se combate con bondad y de esta parte hay mucha más gente que de la otra.

Creo en los gobernantes honestos. En los soldados y tantos servidores públicos que están dispuestos a dar su vida por defender la de los demás. En los que trabajan altruistamente en los conflictos dando de comer al hambriento o cuidando a enfermos y heridos. En los que trabajan por la justicia. En los que comparten solidariamente. En fin, creo en una legión de personas anónimas dispuestas a dar lo mejor de sus vidas por combatir el mal.

En lo que no creo es en utopías pacifistas ni en idealismos estériles, porque estas ideas intrínsecamente positivas ni son consideradas ni afectan en absoluto a los psicópatas faltos de ética y moral a quienes ni tan siquiera importa el sufrimiento de sus víctimas.